

ILUMINADA
MARY KARR

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ

Ésta es una obra de no ficción. Los hechos y vivencias aquí detallados son todos verídicos y han sido narrados con fidelidad tal y como la autora los recuerda, en la medida de sus posibilidades. Algunos nombres, identidades y circunstancias han sido modificados con el fin de proteger la intimidad y/o el anonimato de los implicados. Otras personas han dado el visto bueno al manuscrito y han confirmado que los hechos aparecen fielmente representados.

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2019

TÍTULO ORIGINAL: *Lit*

© Mary Karr, 2009

Published by arrangement with Harper, an imprint of HarperCollins Publishers

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2019

© de esta edición: Errata naturae editores y Editorial Periférica

info@erratanaturae.com

info@editorialperiferica.com

ISBN (Errata naturae): 978-84-16544-98-1

ISBN (Periférica): 978-84-16291-78-6

DEPÓSITO LEGAL: M-3950-2019

CÓDIGO BIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: © Alex Katz, VEGAP, Madrid, 2019

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

*A Chuck y Lynne Pascale,
y a Dev.
Gracias por la luz.*

Diosa, creo que andas cavilando
algo distinto de mi marcha.

HOMERO, *ODISEA*, CANTO V

PRÓLOGO: CARTA ABIERTA A MI HIJO

CARA A: AHORA

Cuente como cuente esta historia, es mentira, así que te pido que desconectes el dispositivo que repite a intervalos dentro de tu cabeza lo vieja y espesa que estoy. Es cierto que, si comparamos mis cincuenta con tus veinte, mi cerebro sale mucho peor parado. Tu motor para el recuerdo es muy superior, como me señalas a menudo.

¿Cuántas veces has conseguido que deje de lanzar cojines por los aires en busca de las gafas, informándome de que las llevo encajadas en la cabeza? La tarta que comimos aquel cumpleaños tenía doce velas, no diez; y no fue en Londres, sino en Venecia, donde compré al tuntún, preparé y serví a nuestros invitados una pasta que erróneamente pensé que imitaba la forma de la bota italiana.

Y si me resistiera a tu recuerdo, tú serías capaz de sacar la cámara de vídeo que llevas pegada a la cara desde que tuviste edad suficiente para pulsar el botón rojo de grabar. Harías *zoom* sobre el bol de pasta de 1998 y revelarías no la bota de la península itálica sino unos penes en miniatura con sus correspondientes testículos. Pasta de pichas y huevos. Con razón se descojonaban de risa los que me la vendieron, con razón la *au pair* se puso más blanca que el mantel.

Llevas buena parte de tu vida buscando la verdad a través de esa lente. Últimamente, ese ojo inmenso se ha concentrado en mí, y yo me he sentido como Odiseo, aunque con menos argucias y menos salidas a mi alcance, observada por el cíclope de tu cámara. El monstruo no eres tú; el monstruo es mi cara reflejada en la lente. O la repetición. O yo misma.

Aun así, quiero mostrarle a ese ojo toda la historia tal y como la conozco, por muy aterradora que me resulte desde esta coyuntura.

Por mucho tiempo que lleve sin beber, por muchas horas que haya pasado en despachos de terapeutas y confesionarios, aun así me las he arreglado para hacerte daño, y no sólo con el divorcio, cuando tú apenas tenías cinco años y la vida era un concurso de gritos y portazos concomitantes.

Al igual que mi madre desapareció de mi joven vida para entrar en un manicomio, yo también me esfumé un tiempo cuando todavía no levantabas ni dos palmos del suelo. Yo, que he dedicado buena parte de mi vida a intentar sondear los misterios de su psique, me veo ahora ocupando el lugar de la sondeada. Es una sensación muy perturbadora, créeme.

La semana pasada, concretamente, una fuga de gas en tu piso te llevó hasta mi casa, donde yo andaba haciendo la maleta para un viaje. Di boleto a la cuidadora de gatos y te dejé husmeando cintas viejas como un erudito que descifrase manuscritos antiguos. Qué deleite extraje de tu concentración. Estás dando forma a tu propia historia a partir

de los crudos detritos del pasado; algo que, a tenor de tu particular manera de narrarlo, te convertirá en un hombre.

Días más tarde, cuando el taxi me dejó en la puerta de casa, viniste a echarme una mano con los bultos. Eres tan atlético como tu padre, con tu metro ochenta y siete, y posees su porte elegante, una caballerosidad improvisada que llama un poco la atención. Sin dejar de cargar con la gigantesca maleta, pasaste por dos puertas de seguridad y te las arreglaste para sujetármelas con el pie. Al segundo siguiente advertí —asomando por encima de tus vaqueros caídos— los calzoncillos naranjas con el estampado de los pecillos del cuento *Un pez, dos peces* del Dr. Seuss que te leía cuando eras pequeño.

Ya en casa, mientras cargabas la bandolera de libros, me comentaste que habías visto por primera vez un vídeo en el que salimos mi madre y yo, filmado años atrás con tu cámara (prestada) en la caja de cerillas que fue la casa de mi niñez. Mi madre narraba su episodio psicótico, el acontecimiento seminal que prendió fuego a la poca inocencia que pudiera disfrutar una niña en el culo de Texas.

Conoces la historia a grandes rasgos y has evitado leer lo que escribí sobre ello; una saludable valla bloquea mi vida pública de tu vida privada. Pero la cinta removió algo dentro de ti.

Me ha parecido muy fuerte, me dijiste.

Estabas guardando los cables de una de tus cámaras.

Yo creí que te referías a la historia de cuando mi madre blandió un cuchillo de carnicero para matarnos a mi hermana y a mí. Cuando sufrió la alucinación de que nos

había asesinado y llamó al médico, que a su vez llamó a las autoridades, que se la llevaron durante un tiempo.

No, eso no, me dijiste. Tus ojos azules me dejaron clavada en el sitio.

Aquella curiosidad por el pasado familiar adquiere una dimensión nueva, contrarrestada por tu camiseta, que reza: NO ME DES DROGAS.

Todo eso ya me lo has contado, dijiste. Me refiero a cuando la abuela nos explicaba que a ella le resultaba ajeno, como si le hubiera pasado a otra persona. Qué fuerte. Decía: Erais tan valiosas para mí que pensé que lo mejor era mataros antes de que todos os hicieran daño.

Entonces tu novia te llamó desde la habitación de al lado, y el instante acabó.

Yo casi me había olvidado de la cinta. Así que, cuando te marchaste, la puse, y la vi de principio a fin, quizá por primera vez.

Es una tarde de verano y estamos en una cocina amarilla pendiente de remodelar. Varios azulejos presentan todavía agujeros de bala de las peleas a punta de pistola que ha mantenido mi madre con mi padre y dos novios posteriores. La bata floreada que lleva le sentaría muy bien a una sacerdotisa wicca. Ídem para su pelo corto color ceniza y su piel pálida como el mármol, que todavía transmite frescura.

Lee unos textos gnósticos sobre diosas y dioses y sobre el Jesucristo que todos llevamos dentro. Hace pausas cada dos por tres para comentar ¿A que es fascinante? o para encender de nuevo su largo cigarrillo.

A su lado hay un girasol de plástico gigante que le regaló mi sobrino el Día de la Madre. Pulsa un interruptor y la flor cobra vida, parpadea y canta «You are my Sunshine», una canción que mi padre solía cantarme cuando íbamos a pescar.

¿No te chifla?, pregunta. Es una tontería, pero a mí me encanta.

Le pregunto qué le pasaba por la cabeza la noche en cuestión, y me responde: No podía imaginarme criando a dos niñas en un mundo donde a las mujeres les pasan cosas tan espantosas. Así que decidí mataros, para ahorrároslo.

¿Cuánto habías bebido?

No, no estaba borracha, responde. Tal vez me había tomado un par de copas.

Esto contradice por completo la primera versión, en la que aseguraba ir más ciega que un piojo. Pero prefiero no ahondar. Ella se encoge de hombros y añade: *Buuuf*.

Nunca pensé que volvería a ver ese vídeo salvo por ti, Dev. Me estás mostrando mi propia vida a través de una ventana nueva; y no me refiero sólo a la de las cintas. Tu nacimiento alteró completamente mi lugar en el planeta, por no hablar de mi papel con respecto a mi madre.

Porque en parte ahora la veo desde tu perspectiva. Tú no has conocido a la diosa de la muerte, cuchillo en mano. Ella es tu abuelita de pelo gris, la mujer de la que yo siempre trataba de protegerte, a pesar de que ya había dejado de beber cuando la conociste. Sus ataques de ira habían desaparecido, pero su forma de plantear la crianza nunca fue la mejor.